

Dioses sin peana

Uno de los factores que más suelen llamar la atención del extranjero que penetra en el engranaje de la sociedad alemana es el del influjo del profesor universitario. El título de "Herr Professor" entraña una serie de privilegios sociales inconcebibles para quien está acostumbrado al democrático clima americano. El profesor alemán es toda una institución. Su puesto le ha costado muchísimos años de esfuerzo, de estudio, de horas gastadas en la investigación. Cuando finalmente, ya avanzada su madurez, el doctor alemán consigue la tan ansiada cátedra universitaria, se dispone a disfrutar de sus beneficios. A partir de este momento, su voz será escuchada con respeto, sus palabras tendrán cierto tinte de eternidad, y su figura arrastrará el nimbo de "Herr Professor", no por invisible menos real.

La ciencia, en lo que tiene de misterioso, de profundo, de incomprendible para el pobre hombre medio, es el predio sagrado donde campea "Herr Professor". Si al militar se le mira con desprecio (por causas históricas muy comprensibles) y al político con indiferencia, al profesor se le mira en Alemania con respeto y hasta, me atrevería yo a decir, con veneración. Cada pueblo tiene sus pequeños dioses, futbolistas, artistas de cine, o guerrilleros a lo Ché Guevara. Sin duda alguna, los "dioses" de los alemanes son los profesores universitarios.

Sin embargo, no es oro todo lo que reluce. Porque nada hay más triste que un profesor sin contacto con sus alumnos. Tan triste como el padre alejado de sus hijos, o el párroco de sus fieles. El "Herr Professor" se sentía contento con que sus alumnos le oyeran disertar en sagrado silencio desde lo profundo del aula, y le presentaran buenos exámenes. Algo así como esos padres que se contentan con que sus hijos no le den disgustos, o esos párrocos que contabilizan la marcha de su parroquia por el número de comuniones. Mas hoy sabemos que todos estos resultados pueden provenir de causas muy diferentes: el examen bueno de un memorismo estéril y empobrecedor, la formalidad del hijo de un temor neurótico, la frecuencia en la comunión de un formulismo farisaico. Un profesor que se contenta con mirar desde las alturas de su cátedra a sus alumnos, podrá ser respetado, podrá ser tal vez admirado, pero nunca será querido y mucho menos imitado. Es un pequeño dios... sin peana.

La juventud, factor antiético de crecimiento en la sociedad humana, tiene a gala romper los mitos que tan amorosamente les han legado sus mayores. No hace falta ser un lince para darse cuenta de esta verdad. A la hora del balance, la sociedad comprende que debe a la juventud ese dinamismo interno de renovación, sin el cual pronto moriría aletargada. Y la juventud alemana, de improviso, ha dicho un ¡basta! desafinado y estruendoso al "Herr Professor". Ya tenemos una pequeña revolución en marcha. El proceso es irreversible, se mire por donde se mire. El canciller Kiesinger, con palabra mesurada, pero valiente, le ha concedido luz verde: "Nuestro sistema de enseñanza superior —dijo recientemente, en palabras televisadas a todo Alemania— lleva todavía la impronta de una época anterior a la revolución industrial. Prescindamos de la manera como los jóvenes nos piden que cambiemos, y atendamos a lo que de justo hay en sus peticiones".

El Mundo

13 - Marzo - 1968

Pero, ¿que es lo que quiere el alumno? ¿Qué quiere el universitario alemán? Sencillamente, que el profesor descienda de su cátedra, y entre en contacto personal con él. Que el profesor conozca al alumno y le oiga. Que en vez de enseñarle "la verdad" como un rayo que cae desde las alturas, le enseñe y le ayude a buscar la verdad. Esto, quién lo duda, va a producir muchos dolores de cabeza. Ya los está produciendo. Porque la primera reacción del profesorado alemán ante estas exigencias de sus alumnos, ha sido una reacción de sorpresa y molestia: "Lo que tienen que hacer es dejarse de bobadas y estudiar más".

Pero éste no es el camino, y "Herr Professor" lo sabe. Sabe que va a tener que dar su brazo a torcer, que va a tener que descender de su cátedra. Proceso doloroso pero, indudablemente, enriquecedor. A la larga, tal vez su voz pierda mucho de autoridad, pero ganará en calor y modulación humana. Quizá se le oiga menos, pero se le hará más caso y se le imitará más. Hasta es posible que un día se encuentre con que en vez de admiradores y "devotos" tiene amigos, verdaderos amigos. Y todo ésto vale muchísimo más. Creo yo.

Lic. IGNACIO MARTIN-BARO